

**Discurso del invierno.****Un western del frío. Carlos Battilana. Viajero Insomne. 2015.****Argentina. 60 páginas.****Marcelo Díaz**  
UNRC

La escritura de Carlos Battilana en este libro profundiza en la mirada congelada sobre movimiento de las cosas que acontecen presente en los textos anteriores. La descripción es una operación recurrente en sus libros, los estados de los fenómenos quietos como si fuesen una fotografía apenas traslúcida. El frío es una contraseña de lectura que podría atravesar la totalidad de su poética. La relación escritura-experiencia es un binomio que se sintetiza en los versos del poema Al día siguiente: “Cuando leí por primera vez a Vallejo/ -a los 18-/ fue un relámpago/ algo que no podía comprender bien/... dije, esto era lo que debía hacer/ recuerdo que lo leí/ previamente a una operación/ yo estaba feliz en mi cama/ en la soledad del hospital,/ al día siguiente me pondrían anestesia general/ pero yo ya había leído a Vallejo/ por si acaso”<sup>1</sup> ¿Es la lectura de Vallejo una especie de talismán desde la que el poeta decide recubrir de significación las vivencias? La poesía como una cura, como un instrumento para restituir la materialidad de la voz y para reparar los daños que pueda padecer el cuerpo.

En el poema Una imagen nuevamente la operación de la mirada focalizada en un punto fijo aparece: “Estoy aquí, como una madera/ estriada, deshaciéndose./ Hace días/ una imagen/ me persigue, y si digo que no es real,/ fabulo. Como una suave madeja/insiste el pequeño pasado/ su fulgor,/ y si bien no son travesías/ ni grandes hazañas/ las que narrar,/ esa imagen/ hecha de breves/ esfuerzos/ hoy supera la línea de flotación. En el frío de un mes invernal/ en una plaza austera,/ hay yuyos maltrechos, pasto, un poco/ de juegos aquí, allí/ una chica sonríe y hamaca/ con suave inquietud/ a un niño de 2, 3 años. Esa imagen/ insiste. Como una gramática/ que las colonias heredan,/ como esos viejos sabios/ cuya sabiduría/ es decrepita/ pero a la que aún/ se le concede/ algún valor,/ respiro el aire de la estación, y no/ puedo sino retener/ un rostro, una mano, el cuerpo/ cierto. Alguien –un ser pertenece a la vida- me mira, / y saludo con la incertidumbre/ que los días conceden./ Quieta lumbre.”<sup>2</sup> Si bien la imagen pareciera estar congelada, y congelada es el adjetivo que articula semánticamente hablando el resto de los lexemas del libro, hay destellos, como chispazos que generan un resplandor particular en la óptica del poeta. No es una imagen completamente quieta, o vacía, sino que debajo de ella hay una luminosidad que se activa a la manera de una fuerza ciega al finalizar el poema en una suerte de percepción imaginaria de las cosas. Pareciera ser que en la observación se produce un aprendizaje de una gramática de aquello que no se puede traducir, comunicar, o decir, por lo menos dentro de un universo de sentidos más o menos común para todos. En los versos se produce un ejercicio

<sup>1</sup> Battilana, C. Un wester del frío. 2015. Argentina. Viajero insomne. Página 15

<sup>2</sup> Ibidem. Página 37.

visual buscando reunir en un mismo ángulo los planos cercanos con los lejanos como en una lente fotográfica que realiza los dos movimientos en simultáneo.

Es una perspectiva contemplativa que se construye desde una geografía urbana y por momentos casi desolada, donde no hay separación entre el silencio de la naturaleza y el ruido aturdidor de las ciudades. Del mismo modo no existe separación entre lo que sucede en el espacio exterior y en la interioridad del poeta. En otras palabras: el cuerpo se textualiza, asume una voz concreta, en la que predominan la mirada atenta y la desaceleración de los segundos.

Hay repeticiones, formas de la lengua, e imágenes, que regresan en una experiencia vagamente familiar. La memoria tal vez sea otra contraseña de lectura en los textos de Battilana. Por ejemplo en el poema Sueños: “En la noche/sentí el olor de la nieve./No sabía que un inmenso invierno se iniciaba/ y/que desde ese instante/ sucedería una larga historia/ de/exploraciones./La nieve duerme en mi/ memoria./Me habla/durante los sueños /De vez en cuando/emite/un largo suspiro/repleto de/ plumas.”<sup>3</sup> El problema de la memoria es que muchas de las experiencias más queridas pueden no haber existido jamás, o pueden haberse cristalizado, vaciado de significación, con el tiempo. De ahí la confusión con los sueños, con la imaginación, como si todo lo sucedido en el pasado hubiese sido parte de una exploración en una tierra imaginaria. El frío es lo más real en este texto.

También la poesía se mimetiza con oraciones. En Las sombras del camino leo: “Como si las espinas/ no hicieran una rotura,/la plegaria/es un acto alucinado/o un alivio,/según se mire,/que recuerda/-adormecido-/la imagen/de siete ciervos/oscuras/atrayendo en paz/una extensa llanura/blanca.”<sup>4</sup> Igual que en su poema Bisontes, hay un clima distópico, como si el invierno recorriera de un extremo a otro una poética, y rezar fuese una manera de dibujar las coordenadas espaciales y temporales desde la que acontece la escritura. No es una oración mecánica, no son locuciones automáticas que se repiten sino que más bien se parece más a esas oraciones que decimos en voz alta, en familia, antes de desaparecer por completo del mundo. La distancia con la que se narra una experiencia de animales perdiéndose en la nieve puede ser una metáfora del modo en que nosotros perdemos nuestra subjetividad en el transcurrir de los días y la escritura, la imaginación, frente a ese desconcierto, aparece como una brújula y un horizonte para tener presente a la hora de dar pisada.

Las figuras de los animales recorren el texto como si fuesen parte de una misma manada. En Una temporada en el sur aparece un intertexto a Martí: “El ciervo/en la noche andina/se vuelve/un hilo de sangre,/aquello que la blancura mortal/ofrece/ a nadie./Parte a parte/los 55 minutos de la agonía/harán que las nubes grises,/la tundra inclinada/cerca de su oxígeno/sean /el último resplandor,/un murmullo colmado de violencias/ nuevas/expuestas/a una zona de oscuridad/El hilo de sangre/-sabemos-/poco a poco/se diluirá/ entre los líquenes/ y la nieve/ pero nada sabemos/ adónde irá/ eso que tiembla allí,/asustado/ en medio de la catástrofe/y que de repente/termina”.<sup>5</sup> La lejanía de esos animales solitarios desapareciendo en las heladas puede ser una excusa para hablar de la lejanía con la que nos encontramos nosotros unos de otros. ¿No seremos acaso en nuestra vida diaria como esos ciervos que en soledad van perdiendo de vista el camino que los conduce a su morada? Los versos en estos casos están llenos de inquietudes y de

---

<sup>3</sup> Ibidem. Página.45.

<sup>4</sup> Ibidem. Página 46.

<sup>5</sup> Ibidem. Página 49.

interrogantes acerca del modo en que decidimos narrar nuestra experiencia cuando las coordenadas que podrían orientarnos en nuestro recorrido comienzan a desdibujarse. La imagen del ciervo es valorizada, a pesar de su lejanía con nuestro mundo cotidiano, en función del rol significativo que tiene en la percepción del paso del tiempo.

En otras lecturas he hablado sobre el universo del invierno y del frío como un paisaje interior que atraviesa cada libro de Battilana. El paisaje sí que afecta el carácter, moviliza el afecto y articula un clima de contingencia en la lectura. El invierno funciona al modo de una estación que ha hecho casa en esta poética y lentifica el transcurrir de las horas y de los días como si el frío fuese un discurso, una poética en sí, digamos: la contraseña para activar la memoria de la voz del poeta. No se trata de trabajar en las formas del olvido, sino más bien en abordar la poesía como el recurso para edificar sentidos: el frío es el lugar de la partida y es además el punto de llegada como si cada texto formase un bucle hacia el interior de la escritura misma.

Recibido 27/10/2015

Aceptado 20/11/2015